

principal de Correos: allí viene un ordenanza que de seguro me anda buscando.

Como movidos por un resorte, todos se levantaron de sus asientos y acompañaron á Alvírez á la oficina.

Allí, junto á un caballo jadeante, estaba un chinaco que sacaba del vaquerillo un pliego cerrado: lo entregó á Alvírez y con la manga de la blusa se limpió el sudor de la frente. Alvírez se dirigió con la comunicación á la Comandancia militar de la plaza. Los que habíamos salido de "La Embarcación" rodeamos al correo, agobiándolo á preguntas. Por fin salió de sus labios la noticia.

—¡Pues la amolamos! dijo. ¡El general Uraga nos hizo ir á estacar la zalea en Morelia!

Todos nos miramos consternados, y cada uno se retiró á comunicar la terrible nueva. Multitud de grupos se formaban en las plazas y en las calles, y se hacían comentarios, perdida la moral y viendo enfrente un porvenir obscuro.

En las últimas horas de la tarde comenzaron á entrar dispersos: en el acto los rodeaba la gente. Cada uno de ellos narraba á su modo los sucesos, abultando los detalles y exagerando el número de muertos, heridos y prisioneros. Todos afirmaban que Uraga había hecho entrega.

Era imposible formarse idea cabal de la batalla; era imposible reconstruirla con los pormenores que se referían. Lo único que aparecía como cierto, era que el combate había sido espantoso.

Al día siguiente en la mañana entró el general Berriozábal. Se apeó en el portal de las Casas consistoriales: más de trescientas personas estaban pendientes de sus labios, oyendo el relato de aquella estéril jornada en que corrió á torrentes la sangre de los patriotas.

Lo que refirió el general Berriozábal, con algunos otros informes tomados de otras fuentes, es lo que constituye el material del capítulo siguiente.

CAPÍTULO V.

(1863)

Sobre Morelia.—La división de Michoacán.—El coronel Padrés.—Preparativos de defensa.—El ataque.—El Prendimiento, La Soterraña, Capuchinas y la plaza de toros.—Rasgos heroicos del general Tapia.—Villada.—La derrota.—Márquez herido.—Fusilamientos.—El entierro solemne de un héroe olvidado.

En el capítulo III dejamos al Ejército republicano del Centro preparándose la noche del 17 para dar el ataque formal sobre Morelia al amanecer del día siguiente.

Reanudaré, pues, la relación desde aquella solemne noche, víspera de uno de los hechos de armas más terribles que haya presenciado aquella ciudad.

Berriozábal recorrió la línea que ocupaba la División de Michoacán. Las brigadas quedaron compuestas así:

La del general Caamaño, del 1º batallón ligero de Toluca, del que era jefe nato el expresado general; del 2º de Toluca á las órdenes del coronel Padrés, del de Guardia nacional de la misma ciudad mandado por el coronel D. José Hernández, del denominado Rifleros de San Luis con su coronel Carlos Salazar, y de un pequeño Cuerpo de infantería, que había estado á las órdenes del teniente coronel Antonio Castañeda y que por separación de éste, y no habiendo comandante, estaba accidentalmente mandado por el capitán D. José Vicente Villada.

La del general Régules, de los batallones "Defensores de la Constitución," 1º Activo de Morelia y Fijo de Michoacán, á las órdenes respectivamente de los coroneles José María

Méndez Cardona, José María Méndez Olivares y Luis G. Cáceres.

La del general Antonio Alvarez, de "Carabineros de Toluca," á las órdenes del teniente coronel Tabachisqui, y "Lanceros de Toluca," "Lanceros de la Libertad" y "Lanceros de Guerrero," mandados por los coroneles García, Garnica y Ruiz Carrillo: se agregó también á esta brigada el pequeño escuadrón de que era jefe el teniente coronel Manuel González Guerrero.

La brigada mixta de Elizondo se formaba de dos escuadrones, denominados "Lanceros de Huerta," de un batallón de infantería guardia nacional de Zitácuaro y Jungapeo, y de dos piezas de artillería. Mandaban estas fuerzas Crescencio Morales, Ignacio Martínez y Francisco Serrato.

Pasada revista á las tropas, Berriozábal se retiró á descansar unas cuantas horas; pero á las tres de la mañana se hallaba ya dictando sus órdenes para el ataque: Caamaño penetraría á la ciudad por la garita de Santa Catarina; Cáceres, con su batallón y el de guardia nacional de Toluca, atacaría por la *Soterraña*; Régules, sin comprometer un ataque formal, debería limitarse á amagar á Capuchinas, punto saliente del polígono fortificado de la plaza, siendo su objeto principal proteger los movimientos de las dos anteriores columnas: Alvarez recibió la orden de situarse en la loma del Zapote y servir de reserva á Elizondo que debería apoderarse de la plaza de toros. Las cinco columnas se acercaron á la ciudad por sus respectivos puestos, no sin tener necesidad de hacer fuego sobre el enemigo, hasta que éste se replegó á sus trincheras. Nótese que no habiendo dejado una reserva el general Uraga, Berriozábal se vió en la necesidad de ordenar que dos de las columnas de ataque estuviesen dispuestas á auxiliar á las otras tres, á riesgo de dejar descubiertos puntos importantes del perímetro fortificado, por donde el enemigo podría hacer con éxito algunas salidas.

No continuaré este relato sin contar antes un episodio que me han referido algunas personas contestes en el fondo, aunque desacordes en los detalles accesorios.

Cuando Berriozábal, en la noche, recorría su campamento, observó á dos personas que platicaban con calor: eran el coronel Padrés y el pagador Morales Puente.

—¿Qué pasa? preguntó Berriozábal.

—Que Padrés está haciendo su testamento, mi general, y que yo soy su escribano público, respondió el pagador Morales Puente.

—¿Qué ideas son esas, Padrés?

—Lo cierto, general, hoy me matan los traidores.

—¿Pero vd. dice eso, amigo mío?

—Usted sabe que no tengo miedo: no es eso lo que me preocupa; pero hoy seré general por ministerio de la ley.¹

—Vamos: deseche vd. esos pensamientos y vaya á ponerse á la cabeza de su batallón. Usted tomará la primera trinchera.

—¡Ojalá! lo que sí aseguré á vd. es que en ella quedará mi cadáver.

—Entonces lo dejaré á vd. en la reserva.

—De todos modos moriré, y no quiero morir de una bala perdida. No hablemos de esto, general: sólo deseo que me haga vd. un favor.

—Diga vd.

—Usted conoce á mi *güera*. Perdona vd., pero deseo que personalmente le entregue mi reloj, y que le diga que, al morir, sólo he pensado en ella y en mi patria.

Berriozábal guardó el reloj. Padrés se puso á la cabeza de su batallón, chancéandose con sus oficiales y animando á sus soldados que lo adoraban.

Si por parte de nuestras tropas se hacían preparativos, por la del enemigo no cesaron en toda la noche los trabajos para hacer más eficaz la defensa: se abrían nuevos fosos y cañoneras, se practicaban aspilleras en los muros, se colocaban retenes en las torres y en las azoteas, y se obstruían las calles con obstáculos de todas clases.

¹ Conforme á la ley de 18 de Julio de 1862, los generales, jefes y oficiales que sucumbiesen en la guerra de intervención, obtenían el ascenso inmediato y pasaban revista en el escalafón del Ejército, considerándoseles como vivos.

Al sentir el enemigo que una fuerza, la de Elizondo, ocupaba la plazuela de San Juan, Márquez envió á Zires á que reforzara la plaza de toros, gran anfiteatro de mampostería que por sí solo es inexpugnable, pero que en aquella vez fué poderosamente fortificado: Márquez dirigía personalmente los trabajos. Todas estas operaciones se hacían en medio de un nutrido fuego, en la noche del 17 al 18 de Diciembre de 1863.

Comenzaba á amanecer. De lo alto de la colina de Santa María se dejó oír un cañonazo que repitieron los ecos de las montañas. Entonces la poderosa artillería del Ejército republicano rompió sus fuegos al Norte y Poniente de Morelia. Momentos después, se oía al rededor de la ciudad un trueno sordo é incesante. El humo comenzaba á cobijar el caserío. Era que las columnas de ataque penetraban en las calles. Aumentaba el fragor de la guerra; el clarín no cesaba de tocar *paso veloz, ¡fuego!* los cadáveres tapizaban el suelo; el ambiente estaba saturado de ayes de los moribundos, de maldiciones de los combatientes; la sangre comenzaba á correr; las masas compactas de soldados se abalanzaban sobre los parapetos: en el aire silbaban siniestramente las balas perdidas. Como si el estrépito de la batalla hubiera despertado los ruidos de cien generaciones, un rumor imponente y lúgubre cernía su onda sonora sobre el campo del combate.

La columna á cuyo frente marchaba Caamaño, acometía con tal valor y decisión, que los defensores del *Prendimiento* pidieron auxilio de una manera desesperada. Los asaltantes ocupaban ya la contra-escarpa del foso y estaban á punto de tomar la trinchera, cuando llegó personalmente Márquez en socorro del parapeto, acompañado de Ramírez Arellano, con un obús de á 24 y dos piezas de montaña, y del coronel Montenegro con el 4º batallón de línea. Entonces Caamaño y Márquez se disputaron la posesión de la trinchera, haciéndose de una y otra parte prodigios de valor, y empeñándose, no ya un combate, sino una encarnizada matanza. Pero mientras el enemigo se engrosaba con tropas de su reserva, los nuestros disminuían sin poder ser reemplazados. Los cañones dirigidos por Ramírez Arellano, vomitaban torrentes de

metralla. Del lado del imperio caía herido el coronel Montenegro. Márquez dirigía en persona la defensa. En aquel instante se oyó un grito en las filas de los liberales. ¡El coronel Padrés ha muerto! Sus soldados recogen el cadáver; se introduce la confusión; Márquez recobra la trinchera y los nuestros retroceden.....

Entretanto Cáceres se ha arrojado sobre las fortificaciones del Niño Perdido y de la *Soterraña*. Toma la primera trinchera y su banda deja oír los alegres sonos de la diana; sigue y ocupa la altura de la fábrica de tabacos; ya desprende una columna sobre la Merced, cuando llegan de refresco á auxiliar á los defensores de aquel punto un batallón de infantería y un cañón de á 8, mandados por el coronel Casarrubias, que cae herido al mismo tiempo que los republicanos se apoderan de la pieza de artillería. De nuevo se escuchan las dianas y los vivas á la República. Pero esta marcha triunfal ha empleado más de dos horas. Márquez sabe lo que pasa por el rumbo de la Merced; deja reforzado el *Prendimiento* y acude con sus reservas á batir á Cáceres. Este jefe pide auxilio á Echeagaray, que con su división parece que se ha declarado neutral y no se mueve de sus posiciones. Sólo el general Espíndola se presta á dar auxilio con su pequeña brigada. Como un león se arroja Márquez con la numerosa reserva sobre los mil hombres de Cáceres: el empuje es irresistible, Espíndola es herido, perdemos la pieza de artillería quitada al enemigo, y éste recobra sus parapetos. Entonces Berriozábal mandó llamar á Régules.

Por su parte este general había amagado las trincheras colocadas en las calles contiguas á Capuchinas; pero lo hizo con tal arrojo, que sus soldados se apoderaron de ellas. Entonces simuló su ataque sobre el templo y el convento de aquel nombre; pero este ataque falso se convirtió en verdadero y terrible.....

Si por estos puntos nuestros soldados daban muestras de intrepidez, la brigada Elizondo no permanecía ociosa. Em-

prendió el asalto y se apoderó de la iglesia de San Juan y en seguida del panteón contiguo. Dos veces destacó sobre la plaza de toros al valiente batallón de Zitácuaro; las dos veces quedó regado de cañáveres el campo exterior. No pudo más, y permaneció en los puntos ocupados en espera de órdenes.

A la izquierda del lugar en que pasaban estos últimos sucesos, una columna del general Tapia simulaba un ataque falso por el rumbo de San José. El general Zires, que defendía toda esa zona, se vió en la necesidad de pedir auxilio, y le fué enviado el segundo batallón de línea, á las órdenes del coronel Ramón Méndez, que ocupó las alturas de aquel templo. Allí se empeñó un combate que, por nuestra parte, sólo en apariencia era formal.

Pero el general Tapia lograba así su objeto. Mientras tanto, él personalmente conducía dos columnas de ataque sobre el colegio de las Rosas. Conocedor del terreno, y sabiendo aprovechar sus accidentes, cuando los que sostenían las trincheras sintieron aquel movimiento, fué cuando ya los republicanos se arrojaban sobre los parapetos, y no obstante la bizarría con que se hizo la defensa, Tapia se apoderó de las fortificaciones, y rápido atacó el edificio de las Rosas que cayó en su poder. No perdió un instante, ocupó el convento de Teresas, dejando allí una de sus columnas, y avanzó sereno, imperturbable, en medio de un diluvio de balas, hasta penetrar á la plaza de armas, ocupando los portales de Hidalgo y Matamoros.

¡Oh! Si Uruga hubiera tenido una fuerza de reserva y personalmente hubiera estado en el campo de batalla, multiplicándose en todas partes, como lo hizo Márquez, ¡en aquel momento Morelia habría caído en su poder!

Sonaban las dianas de los republicanos en el centro de la ciudad; se repicaba en los campanarios de las Rosas y de las Teresas; el pánico se difundía entre los imperialistas.....

¡Entonces pasó lo inconcebible!

Los ayudantes de Uruga llegaban á todo escape á Morelia.

Cuando Tapia recibió la orden absurda de retirarse, no quiso creerla, y respondió al ayudante:

—¡Eso no puede ser! Si ya la plaza está tomada.

—Que cualquiera que sea la situación que vd. guarde, se retire en el acto, replicó el oficial.

Tapia palideció: puso la punta de su espada en uno de los pilares del portal y..... ¡se fué á fondo! ¡El acero quedó hecho pedazos!

Eran como las diez de la mañana. El general Tapia dió la orden de retirada, y en aquellos momentos llegaba Márquez con toda la reserva. Sabedor de que la plaza de armas estaba ocupada, retiró de San José el 2º batallón de línea y llamó á Ramírez Arellano con la artillería. Con un verdadero ejército se echó sobre Tapia, quien, paso á paso, tomaba de regreso la dirección de las Rosas. Asaltantes y asaltados se batían como los mejores soldados. De nuestra parte cayeron heridos los tenientes coroneles Ornelas y Rioseco, y de la del enemigo dos ayudantes de Márquez, que perdió su caballo acribillado á balazos. En aquel acto le daban parte de que los republicanos que atacaban por los demás puntos se pronunciaban ya en retirada. Enardecido con esta noticia, reforzó aún más su tropa con fuerzas del coronel de artillería Ignacio de la Peza, del teniente coronel Juan B. Rodríguez, del comandante de escuadrón Bartolomé Ballesteros, del coronel del 2º de caballería Francisco Lemus y de otros varios oficiales que mandaban piquetes. A un tiempo llegaron las expresadas tropas imperialistas á la plazuela de las Rosas. El general Tapia había ya reconcentrado las suyas, y en buen orden se retiró á la vista del enemigo.

¿Qué había determinado á Uruga á lanzar su orden de retirada? Sólo puede explicarse por los sucesos que se verificaban en las demás líneas de ataque.

Berriozábal había llamado á Régules, según vimos, con el objeto de destinar parte de sus fuerzas á renovar el ataque sobre la *Soterraña*, y á cubrir con el resto la retirada en caso necesario; pero Régules, después de simular un ataque sobre Capuchinas, avanzó por la calle que conduce á San Francisco, por lo que atrajo sobre sí la atención de Márquez, quien envió al general Gutiérrez con algún auxilio á aquel punto.

Entonces se trabó un reñido combate entre Gutiérrez y Régules, en los momentos en que éste recibía la orden de Berriozábal. Para obsequiarla, se retiró lentamente, sin dejar de batirse, teniendo que hacer alto repetidas veces á fin de obligar al enemigo á que lo respetase. Inmensas pérdidas sufrió esta valiente brigada; pero la más sensible fué la del teniente coronel Antonio Chávez, herido en aquel acto, y que falleció tres días después en Tacámbaro. Chávez era un acrisolado patriota; oriundo de Indaparapeo, desde joven se alistó entre los soldados del pueblo, adquiriendo sus ascensos por su valor y amor á la disciplina militar.

Entretanto, en el *Prendimiento*, muerto ya Padrés, como la columna de ataque que mandaba Caamaño cejó un momento, Márquez, según vimos, reforzando aquel punto, pudo ocurrir por el lado de la Merced.

Caamaño tomó entonces personalmente el mando de la columna, y se lanzó de nuevo sobre la trinchera. La ventaja numérica estaba ya por parte de los que defendían el parapeto. Un torrente de balas inundó la calle, y Caamaño, al pie de la trinchera, cayó gravemente herido; pero lejos de retirarse, ordenó á Salazar que continuara el ataque, aconsejándole que echara pie á tierra, pues aquel jefe estaba á caballo al frente de su batallón. Salazar, con aquel carácter impetuoso que le conocimos, no hizo caso del consejo, y ginete en su corcel, avanzó, lleno de ardor, dando á sus soldados la orden y el ejemplo del asalto. Salazar cayó traspassado del pecho, con una herida que lo puso en peligro de muerte. Se introdujo en las filas de los asaltantes el desorden natural al ver caer al último de sus jefes. Notarlo los traidores y brincar sobre las trincheras, fué todo uno. El combate se empeñó entonces al arma blanca, encarnizado, terrible, sin que se diera cuartel ni de uno ni de otro lado. Berriozábal acude á quel sitio, no pudiendo avanzar porque los dispersos se lo impiden; sin embargo, viendo rodeado de enemigos á su ayudante Manuel David Arteaga, se abre paso, le ordena que monte en ancas de su caballo, y ya al retirarse, el corcel dorado de aquel jefe recibe un bayonetazo que dificulta su marcha.

Fué éste uno de aquellos momentos en que cada hombre sólo piensa en sí mismo para atacar ó defenderse, en que el espíritu de corporación se funde en un supremo egoísmo. Empero Berriozábal se sobrepone á este sentimiento, y no abandona á los suyos, presto á acudir personalmente á donde sea necesario.

Entre los asaltantes acaba de ser herido el abanderado del 1.^o ligero de Toluca. La majestuosa insignia de la patria va á caer en poder de los traidores. En aquel momento un joven capitán atraviesa rápido entre los soldados, y de entre un grupo de enemigos arrebató el lábaro y lo defiende y se retira con él, seguido de la destrozada columna del ataque. Aquel joven era el capitán José Vicente Villada, á quien Berriozábal asciende al empleo de comandante de batallón en el mismo campo de batalla.

Sólo quedaban en el panteón de San Juan la fuerza de Elizondo y los valientes hijos de Zitácuaro. Para desalojarla, unieron sus esfuerzos Zires, Oronoz, Gutiérrez y Ramírez Arellano, que emprendieron un ataque vivísimo sobre aquella tropa republicana, la cual, viéndose sin apoyo, emprendió la retirada, siendo perseguida por una columna de infantería al mando del teniente coronel Francisco Redonet.

Los restos de la División de Michoacán se reorganizaron en el llano de Santa Catarina, al abrigo de los disparos de los cañones situados en Santa María, que hasta aquella hora volvieron á funcionar. Al ver Uraga dispersos los soldados de la más numerosa de sus columnas, se creyó derrotado en todas las líneas de ataque, y ordenó la retirada.

Eran las diez de la mañana. Había concluído la jornada. En Morelia repicaban las campanas de todos los templos y las músicas repetían las orgullosas dianas que solemnizaban el triunfo de la guarnición; mas el pueblo de la ciudad permanecía ajeno al regocijo.

Márquez no creía en su dicha. Para cerciorarse por sus propios ojos de que los republicanos se retiraban, subió á la

azotea de la casa que le servía de alojamiento.¹ Desde allí, con su antejo, divisaba al enemigo que iba alejándose de la ciudad. De repente una bala surca su rostro, y Márquez, chorreando sangre, cae al suelo sin sentido. La hemorragia no fué de gravedad, y recobrando á poco el conocimiento, pudo desde su cama seguir dictando órdenes.

En las calles habían quedado más de mil cadáveres, la mayor parte, de los asaltantes. En los cuarteles de las tropas imperialistas había como setecientos prisioneros.

En la noche fueron fusilados en el mesón de las Animas y en el del Socorro algunos de los oficiales liberales que quedaron en poder del enemigo. Se les dió sepultura en las caballerizas.

¡Qué fatal destino el de Márquez de empañar siempre con sangre el brillo de sus victorias!

En la tarde se volvió á oír el cañón en Santa María. Un cortejo fúnebre acompañaba el cadáver del general Padrés, muerto por salvar á la patria! Hoy yace en el olvido aquella tumba solitaria, pero el héroe vive en los fastos gloriosos del Ejército.

¹ Donde hoy está el Monte de Piedad, al Sur del templo de la Compañía.

CAPÍTULO VI.

(1863)

La retirada.—Una orden general del día.—Indignación contra Uruga.—Su marcha á Jalisco.—El general Douay.—Zamora.—Burro de Oro.—Ocupación de Zamora por el coronel Margueritte.—Zamora durante el imperio.—Un tesoro en camino.

Un día después llegó Uruga á Pátzcuaro, en donde se le reunieron los restos de su ejército, de aquel cuerpo de tropas que, conducidas hábilmente, hubieran podido hacer tanto en pro de la causa nacional.

No debo olvidar que en la noche de aquella terrible jornada, vivaqueando nuestras fuerzas en Santiago Undameo, se leía en el campamento la orden general del día, en la que el general en jefe elogiaba la valiente conducta de las divisiones Tapia y Berriozábal, gracias á las cuales, el ejército se había retirado en buen orden, sin perder su artillería ni sus bagajes.

Entretanto, como llevada en alas de la electricidad, la noticia de la tremenda derrota circulaba en todas partes, produciendo una triste resonancia en donde quiera que latía un corazón patriota: un grito general de indignación acusaba á Uruga, atribuyéndole un plan preconcebido de entregar al ejército para que fuese destrozado. Sucede que después de todo revés, el rumor público atribuye el mal éxito á deslealtad de los que mandan; el rumor se desvanece luego; pero en esta vez, lo cierto es que desde entonces inspiró Uruga una profunda desconfianza.

Ni nadie creyó en su disculpa de haber festinado el ataque,

temeroso de que los franceses pudieran auxiliar á Morelia. El general Douay recibió orden de Bazaine de marchar sobre Piedra Gorda en persecución de Uraga. El 17 de Diciembre salió de León, precedido en un día de marcha por el coronel Margueritte. Como se ve, le era imposible auxiliar oportunamente á Morelia: apenas, si forzando la marcha, pudo estar el 21 en la Piedad, frontera de Michoacán, á más de cuarenta leguas de distancia de aquella capital. ¿Ignoraba Uraga, hasta este grado, los movimientos del enemigo?

Y mientras Douay hacía aquellas etapas en su camino, Uraga abandonó á Pátzcuaro el día 19, y el 21 se hallaba en Chilchota. No parecía sino que tomaba aquel rumbo para ir á encontrarse con la columna encargada de batirlo. Su propósito era dirigirse á Jalisco pasando por Zamora y La Barca; pero era evidente que hallaría cortada esta salida. Así lo comprendieron los jefes subalternos, quienes con energía exigieron que Uraga cambiase el derrotero. Por más que el general se sintiese contrariado, supuesto su carácter violento, hubo de ceder y retrocedió rumbo á Paracho. La marcha fué difícil y fatigosa por los obstáculos de aquel camino montañoso. La artillería de grueso calibre, los coches y los carros iban ya en un estado lamentable. El coronel D. Jesús Díaz, jefe republicano que residía en aquel pueblo, ofreció á Uraga que él salvaría la artillería ocultándola en la sierra; pero el general en jefe ni siquiera se dignó tomar en consideración el ofrecimiento.

Dejaremos á Uraga caminando luego de Paracho para San Juan Parangaricutiro, y seguiremos el movimiento de Douay.

Hay que hacer previamente una reminiscencia.

Cuando dos meses antes, Uraga estaba desempeñando el gobierno de Michoacán, nombró Prefecto y Comandante militar del Departamento de Zamora á D. Francisco Velarde, el famoso sibarita de Buena Vista.

Velarde, más conocido por el apodo de *Burro de Oro*, por su ignorancia y por las cuantiosas riquezas que poseía, era

clerical hasta la médula de los huesos, devoto en sus prácticas religiosas y monarquista en sus ideas políticas. En 1852, inducido por el obispo de Michoacán D. Clemente de Jesús Munguía, se adhirió al plan del Hospicio que derrocó al gobierno liberal de Arista. Como el espíritu de partido no era por sí solo estímulo bastante para apartar á Velarde de sus orgías de Buena Vista, el señor obispo puso como cebo al anzuelo, la promesa de que se le darían el Gobierno y la Comandancia Militar de Jalisco, y para obviar toda dificultad, Burro de Oro compró á Santa-Anna, triunfante ya la revolución, la banda de general de brigada y el manto de Caballero Gran Cruz de la Orden de Guadalupe. Con todo y esto, no se cumplió la promesa de Munguía.

Al anunciarse en Zamora que la División Douay había llegado á la Piedad, Velarde, afectando un celo que no sentía, envió al comandante Manuel López rumbo á Ecuandureo á que tomase noticia cierta de la marcha del enemigo: entretanto, él alistaba sus mozos para retirarse á su encantadora mansión de Buena Vista, harem delicioso en que se daban cita las hermosuras del bajo pueblo de Jalisco y Michoacán.

López regresó á poco y dió parte de que los franceses avanzaban sobre Zamora, á donde no tardarían en llegar.

Eran las ocho de la mañana del 22 de Diciembre. Por la garita de Madrigal entraban á escape los cazadores de Africa, al mando del coronel Margueritte, aquel apuesto soldado que más tarde, y ya con el grado de general, cayó herido de muerte en los campos de Sedán, batiéndose contra los prusianos.

La ciudad de Zamora tenía una débil guarnición, compuesta de infantería al mando del comandante Condell y de un escuadrón de caballería, ambas fuerzas á las órdenes de un jefe cuyo apellido era Washington, nombrado también por Uraga. Se sabía que, en 1856, cuando estalló en Colima aquel infame motín reaccionario, cuya acción más notable fué el asesinato del gobernador Alvarez, Washington capitaneó á los sublevados, impuso al comercio de la ciudad un préstamo exorbitante, redujo á prisión á varios liberales y cometió

otras tropelías; pero batido por el general D. Silverio Núñez, se apresuró á capitular.

¿Qué podía esperarse de hombres como Velarde y Washington, con semejantes antecedentes? Lo que sucedió; que al tener noticia de la aproximación de los franceses, dejaron indefensa la plaza, y que la tropa, desmoralizada, huyera en todas direcciones. Unos cuantos chinacos que se quedaron rezagados, cayeron á los sablazos de los cazadores de Africa.

Mientras esto pasaba en las calles, Velarde hacía ostentación en su casa de abandonar la ciudad, seguido de un lujoso convoy de equipajes; y como era natural, fué hecho prisionero, tratándolo el coronel Margueritte con toda clase de consideraciones. Diré de una vez, pues que no habrá motivo para consagrarle otra mención en estos apuntes, que Velarde se manifestó ferviente partidario del imperio durante los tres años y medio que siguieron; que al tomar nuestras tropas la plaza de Zamora, en Febrero de 1867, se ocultó en aquella ciudad, protegido por algunos liberales, vecinos de la misma, y que descubierto al fin, fué fusilado el 15 de Junio del mismo año, muriendo con todo valor, lo que nadie se esperaba.

Al seguir ya el relato de la ocupación de Zamora, referiré que Margueritte, temeroso de una sorpresa por parte de las tropas de Uraga ó de las que pudieran moverse de Guadalajara, situó desde luego medio batallón de zuavos en la garita de Paredones, y su caballería, fraccionada, en las de Jacona y los Naranjos; el resto de la tropa vivaqueó en la plaza en donde se hacía el rancho.

Todas estas precauciones cesaron cuando, á las tres de la tarde del mismo día, hizo su entrada el grueso de la división francesa, fuerte en más de tres mil hombres. A la cabeza de las tropas iba el general Félix Douay, embozado arrogantemente en una capa argelina, blanca como la nieve, y haciendo caracolear su caballo. A pesar de que caía una lluvia molesta, toda la población de Zamora salió á ver entrar la columna y no escasearon los vivas á los "restauradores de la religión."

Apenas se había apeado en su alojamiento el general en jefe, cuando se le presentó un vecino de la ciudad, D. Manuel Orozco, suplicándole que diese orden á fin de que los zuavos no acabaran de saquear la casa de Velarde.

—Ese *Burro de Oro* es *Zaragoza*,¹ contestó el general.

—¿Qué *Zaragoza* va á ser! ¡Entonces vd. no lo conoce!

—Pero es general, repuso riéndose el francés.

—¿Lo que menos tiene! insistió Orozco; y refirió la historia inédita de Velarde, asegurando en seguida que su amigo estaba en connivencia con los imperialistas.

Douay consultó su *carnet* y leyó en voz alta: "Velarde, *Burro de Oro*, viejo inútil para la acción; católico fanático; se dice general, pero nunca ha sido soldado; inmensamente rico: se le puede sacar provecho."

—¡Ah! sí, continuó diciendo, ser muy honorable ese señor, ser muy pacífico ese general. Y llamando en seguida á un ayudante, lo envió con orden de que se suspendiera el pillaje. Los zuavos, oyendo al enviado, soltaron la carcajada y le mostraron la casa, si no del todo limpia, sí enteramente vacía.

Esta fué una nota discordante que no impidió á la gente de Zamora, ciudad levítica, felicitarse públicamente de quedar convertida de republicana en súbdita de un gobierno monárquico. Hubo iluminación, *Te Deum*, cohetes, etc.....

Al día siguiente citó el general Douay una junta de vecinos, á la que concurrieron los más caracterizados. Se trataba de reorganizar la administración pública del Distrito; pero ninguno de aquéllos quiso aceptar el encargo de Prefecto, pretextando que, "aunque partidarios ciegos del nuevo orden de cosas, no eran ni habían sido nunca políticos, sino hombres de bien que se mantenían de su trabajo." Para nada extrañó esta manifestación al jefe francés que conocía muy bien á los conservadores, exaltados, fanáticos, pero demasiado egoístas, que pertenecen á la masa de los que en México llamamos *ojalateros*, porque toda su actividad en la política consiste en decir "¡ojaldá que ganen los nuestros!"

Pero el general traía sus instrucciones, y viendo que los conservadores no aceptaban el sufragio, ni para ellos mismos, nombró Jefe Político al honrado y laborioso agricultor D. José María Jiménez Verduzco, á quien obligó á aceptar el encargo.

¹ *Zaragozas* llamaban los franceses á los soldados de la patria. ¡Seguramente les había hecho mucha impresión aquel nombre!

Como no volveré á ocuparme de Zamora sino hasta el fin de este libro, á riesgo de que parezca inoportuno, interrumpo el hilo de mi narración para decir que desde la fecha en que fué ocupada aquella plaza por el general Douay, hasta la noche del 4 de Febrero de 1867, estuvo la ciudad bajo el régimen del imperio, disfrutando sus moradores de una tranquilidad relativa. Allí, como en ninguna otra población de Michoacán, funcionaron más ferozmente las cortes marciales establecidas por los franceses. Basta decir que apenas iniciaban un proceso contra algún infeliz *chinaco*, cuando se mandaba abrir la fosa en que habría de ser sepultado. Zamora fué el panteón de muchos prisioneros republicanos.

Contentos estaban los zamoranos de tener siempre una guarnición, á cuya sombra pudieran considerar garantizados sus intereses. Empero sucedió una vez, que el general Brincourt, que cubría aquella plaza, recibió la orden de marchar rápidamente hacia el Fresnillo, y desde luego, en vista de los preparativos de marcha, á nadie se le ocultó que la ciudad iba á ser abandonada, *¡Derelicta sola!*

Un pánico terrible se apoderó de los vecinos; se congregaron en junta numerosa, se comunicaron la intensidad de sus temores, y nombraron una comisión para que fuera á suplicar al jefe francés que tuviera compasión de ellos. Presidió la comisión el Sr. Lic. D. Jesús Ochoa, quien en un discurso patético, muy accionado, expuso que si se dejaba indefensa la ciudad, en el acto sería presa de los *chinacos*, lo cual era impolítico y ajeno á toda previsión, pues Zamora era una plaza importante para la táctica militar. El general Brincourt contestó con palabras enérgicas, en breve alocución; pero sucedió una cosa en que nadie había pensado; que los oradores no se entendieron entre sí, pues que Brincourt ignoraba el idioma español y el abogado Sr. Ochoa no sabía el francés. Vino el intérprete, tradujo las pretensiones de los vecinos, y en nombre de Brincourt, dijo: "que según le había parecido por la mímica del Sr. Ochoa, los vecinos de Zamora le significaban haber tomado las armas para defender su hogar, como buenos partidarios del imperio; pero que veía que no era así; que aprendieran á los liberales que no ardaban molestando

á los *Zaragozas* para que les defendieran sus pueblos; que las tropas eran para expedicionar en busca del enemigo y no para permanecer estacionarias en las ciudades y en las aldeas, pues en este caso no bastaría todo el ejército de Francia para ocupar militarmente á la nación mexicana."

De estos discursos oyeron muchos los imperialistas de México, y por cierto que revelan lo bien que conocían los jefes franceses á sus *aliados*.

Y no hubo remedio, la brigada Brincourt evacuó á Zamora. Entonces se vieron centenares de familias que, poseídas de un miedo injustificado, al amparo de aquella tropa marchaban con el fin de trasladarse á la Piedad. En verdad que la peregrinación ofrecía un cuadro doloroso: muchos hombres, mujeres y niños caminaban á pie: se oían lamentos, sollozos no interrumpidos, y á veces se alzaban gritos, maldiciendo á los invasores que se habían negado á defenderlos en su propia ciudad. Es tan ciego el espíritu de partido, ¡que no se exhaló una queja contra los obispos y demás *diplomáticos* que solicitaron la intervención francesa!

Por fortuna para aquellas infelices familias, cuando apenas habían llegado á la hacienda del Saúz, Brincourt recibió contraorden, y en consecuencia regresó á Zamora. Desde aquel día bajó mucho el entusiasmo de los zamoranos hacia sus protectores extranjeros.

Nombrado ya el Sr. Jiménez Prefecto del Distrito, se dió el mando militar de la plaza al mayor Munier, oficial de la división Douay. Su primer acto fué disponer que se repusiesen los puentes que se habían destruído por orden del Jefe político anterior á Velarde. Nadie quiso trabajar gratis, y Jiménez se resistía á emplear la violencia; mas como se le amenazara con que él mismo sería convertido en gañán á fuerza de culatazos, no tuvo más recurso que pagar de su propio peculio los peones que se ocuparon en la faena.

Otros actos oficiales emanados del mismo mayor Munier se relacionaban con la religión y con la higiene. Veamos cómo.

Los soldados franceses son católicos, conforme á su ordenanza militar: en consecuencia oyen su misa los días de fiesta de guarda. Estaba próximo un domingo y el acto debería revestir toda solemnidad; así lo dijo la orden del jefe militar, y agregaba que el Prefecto enviaría al templo una música de aliento que ejecutase piezas adecuadas, "es decir, alegres." Llegado el momento, la gente acudía á las calles á ver pasar la tropa. ¡Qué marcial continente el de los vencedores del mundo que iban á humillar sus armas ante los altares de Dios! La mirada altiva, erguidos, el paso firme, los uniformes vistosos, el toque de los clarines, el redoble de los tambores; y dentro del templo la música pagada por el Sr. Jiménez, tocando piezas *alegres*; los oficiales y soldados ¡rindiendo sus armas en el momento de elevarse la hostia! Los vecinos, á quienes nada había costado la función, se hacían lenguas elogiando el catolicismo de los franceses, y aseguraban que había sonado la hora de quedar restablecida en México la santa religión con todas sus pompas y con la grandeza del culto público suprimido por los herejes liberales. Los que más edificaban á los fieles, por la unción con que oían la misa, eran los *zavos*, todos volterianos, circunstancia que ignoraban los vecinos de Zamora.

Las disposiciones de Munier, que tendían á la higiene, fueron las siguientes:

Las tropas francesas habían descansado algunos días en Zamora, resultando de aquí que los cuarteles no estaban muy aseados que digamos. Nuevo oficio al Prefecto, previniéndole rematase en pro del mejor postor el abundante *fumier* que desde luego ponía á su disposición.

Aquí de los apuros del Sr. Jiménez Verduzco. ¿Qué cosa era *fumier*? Por más que indagó entre los vecinos, no halló quien le explicara el significado de la palabra. ¿Si será lo que los franceses *fuman*? ¡Vaya! ni el señor cura, ni los vicarios, con todo y saber latín, pudieron darle á la bola. Fué preciso ocurrir al intérprete, quien con insolente enfado contestó que *fumier* significaba *estiércol*.

—¡Estiércol! exclamó el señor cura, ¿pues habrá cosa más sencilla que llamarle estiércol?

—Y nosotros ¿para qué queremos estiércol, cuando es lo que nos sobra todos los días? clamaban compungidos los habitantes ricos de Zamora citados para el remate. Ignoraban todavía, por aquel entonces, que el estiércol sirve para abonar las tierras.

El Sr. Jiménez, á fin de evitarse molestias, compró por sí solo todo el *fumier* de los caballos franceses.

Y va lo último. El activo Munier libró nueva orden al señor Prefecto para que mandara inspeccionar á las mujeres públicas de la ciudad, no fuera á suceder que sus soldados se pegaran el chasco que llevó en cierta aventurilla el rey Francisco I, aquel soberano gentil de la Francia, llamada antiguamente *la Galia*.

D. José María Jiménez no pudo más; tiró la montera, y dijo: "Ni Cristo pasó de la Cruz, ni yo sigo de Prefecto de Zamora."

El general Douay permaneció en Zamora algunos días, tanto para dar algún descanso á su tropa, como para esperar que llegasen los carros de víveres que necesitaba para continuar su expedición.

El 28 entraba en la villa de los Reyes, sin haber logrado alcanzar á Uraga que pasó por allí dos días antes, rumbo á Zapotlán, hacia el Sur de Jalisco.

Uraga se había convencido, al fin, de la necesidad de aligerar su tren; y al pasar por Parangaricutiro (San Juan de las Colchas), dispuso que la artillería y todo el material rodante fuesen conducidos á Uruapan, con orden á Berriozábal de que los salvase en lugar seguro.

Por aquellos días algunas voces malignas difundieron el rumor de que en los equipajes que los liberales hacían transportar por distintos rumbos, había muchas cargas con dinero. Digo esto, porque servirá de explicación á sucesos posteriores.

Y para concluir este capítulo, referiré que Berriozábal, dejando en Pátzcuaro á Caamaño, y enviando á Salazar á Tacámbaro, cada uno de estos jefes al frente de sus respectivas fuerzas, se había dirigido con el resto de la División á la ciudad de Uruapan, en donde entró el día 20 de Diciembre.